A man with grey hair, wearing a dark grey t-shirt and blue shorts, is kneeling in shallow water. He is looking towards the camera with a slight smile. In front of him lies a large, long sturgeon fish on a white plastic sheet. The fish has a long, pointed snout and a row of bony scutes along its back. The water is calm and reflects the light.

De pescar en el río Oyarzun a pescar en el mundo

Breve historia de un pescador

Eusebio Albisu Andrade

Esturión (Canadá)

Mi afición a la pesca nace en el río Oyarzun y su canal de agua paralelo, el Xamako Erreka. Los que nacimos y nos criamos entre la calle Santa Clara y la calle Medio fuimos unos afortunados ya que quedamos marcados de por vida por la afición a la pesca. Nuestra vida era el río y sólo vivíamos para él.

Allí teníamos *eskalos*, *txirritxuas*, *shabaluas*, corcones y hasta alguna trucha. Todos los que fuimos chavales de esas calles pasábamos todos los ratos libres posibles dentro del río, intentando pescar algo. Entre todos nosotros, el mejor pescando anguilas era Julito Vázquez que desde un ventanal de su chatarrería sacaba sus aparejos y pescaba en el Xamako Erreka las mayores anguilas y era mi ídolo y ejemplo a seguir.

Aquellos *eskalos* que pescábamos junto a la “herrería” o en la “presa” de Gabierrota y hasta, alguna vez, en el “Puente peligroso” eran nuestra pasión. Los machos tenían en su cabeza unos pequeños pinchos y cuando estaban en celo tenían

unas franjas rojizas que los convertían en trofeos, ante los ojos de todos los chavales.

Las angulas, cuando crecían, se transformaban en *txirritxuas*, que las capturábamos con un tenedor levantando las piedras o ladrillos del fondo del río, siempre en la dirección de entrada de la corriente que era por donde asomaban su cabecita. Luego, cuando ya eran anguilas las pescábamos, a fondo, con caña y las mejores y mayores picaban siempre cerca del desagüe de alguna alcantarilla.

Más tarde, con 12 años, comenzaron nuestras expediciones a Pasajes de San Juan a donde íbamos andando a través de Lezo y allí descubrimos la pesca de los pantxos y allí nos iniciamos en la pesca de mar.

Esta pesca y los primeros *karraspios* y *doncellas* eran de otra categoría y nos hacían presumir cuando a la vuelta a Rentería nos paseábamos por la calle Viteri con los peces colgando de una ristra de arbusto.

Luego, con 15 años, apareció la pesca submarina con unos equipos rudimentarios, ya que todavía no se había inventado ni el traje de goma y pasábamos unos fríos tremendos protegidos únicamente con un jersey apretado. Tuve la suerte de ganar el primer campeonato que se hizo en Jaizkibel en el año 1955 y a partir de esa fecha conseguí ganar varias pruebas en ese deporte, lo que me hizo totalmente adicto durante muchos años a esa modalidad de pesca.

Cuando se habla ahora del calentamiento global y que el agua del mar se ha calentado y por ello se ven ahora peces de aguas más cálidas, yo tengo mis dudas, ya que en esos años 50-60 tuve la oportunidad de pescar un tiburón ángel, una morena y algún mero que son peces considerados de aguas cálidas y que en aquellos momentos nos parecían del todo normales. Yo creo que fuimos los primeros buceadores de la historia y los primeros afortunados en ver el fondo del mar virgen y descubrir todas sus maravillas. Los cambios de clima, creo, son mucho más lentos de lo que nos venden los medios informativos.

Posteriormente, sobre el año 70, compramos entre mi hermano Patxi y yo el "Atalo", un pesquero de 11 metros con el que comenzamos a pescar con redes, con resultados muy brillantes, langostas, *misheras*, *txangurros*, rapas, congrios, etc. cosa que nos tuvo entretenidos varios años de nuestra vida y nos dio otro rango y categoría de pescadores.

Sobre el año 74 pudimos disfrutar del "Cimarrón" que ya era una embarcación de "altura" y con ella comenzamos la pesca de la merluza y de los atunes. Esta pesca ya era otra cosa y era una pesca compartida con mis hermanos y amigos, ya que se precisaban varias personas para este tipo de pesca y todos nosotros procedíamos de la afición nacida en el Xamako Erreka y río Oyarzun.

Así fueron trascurriendo años y años de pesca, alternando con una marea en el océano Pacífico en un barco profesional, el "Costa de Marfil", dedicado a la pesca de atún "a cerco" (con redes). Entre las modalidades de pesca de este tipo de barcos hay una que es la más bella, espectacular, y "de hombres" que haya conocido en mi vida, que es la pesca de atunes que están debajo de los bancos de delfines cuando todos ellos se están alimentando.



Tiburón ángel - Jaizkibel 1958

Se divisa una manada de delfines que están comiendo la "anchoeta" en medio de una algarabía de pájaros marinos y se trata de capturar los delfines que, aunque no se ven, se sabe que debajo de ellos están los atunes. Los delfines huyen y se escapan asustados con los ruidos y la presencia del barco y se trata de hacer lo posible por capturarlos. Para ello, el barco dispone de pequeñas lanchas rápidas que se botan al agua con el barco en marcha y los pilotos de estas lanchas, que están dirigidas por radio desde el barco, salen a buscar y reunir los delfines para convertirlos en una sola manada. Los delfines se asustan de las estelas que dejan en el agua las lanchas rápidas y éstas, con sus giros y acelerones, van reuniendo a todos los delfines en un solo grupo que nada en una sola dirección, como los vaqueros en el Oeste con el ganado, pero todo ello en el mar a gran velocidad y entre el oleaje.

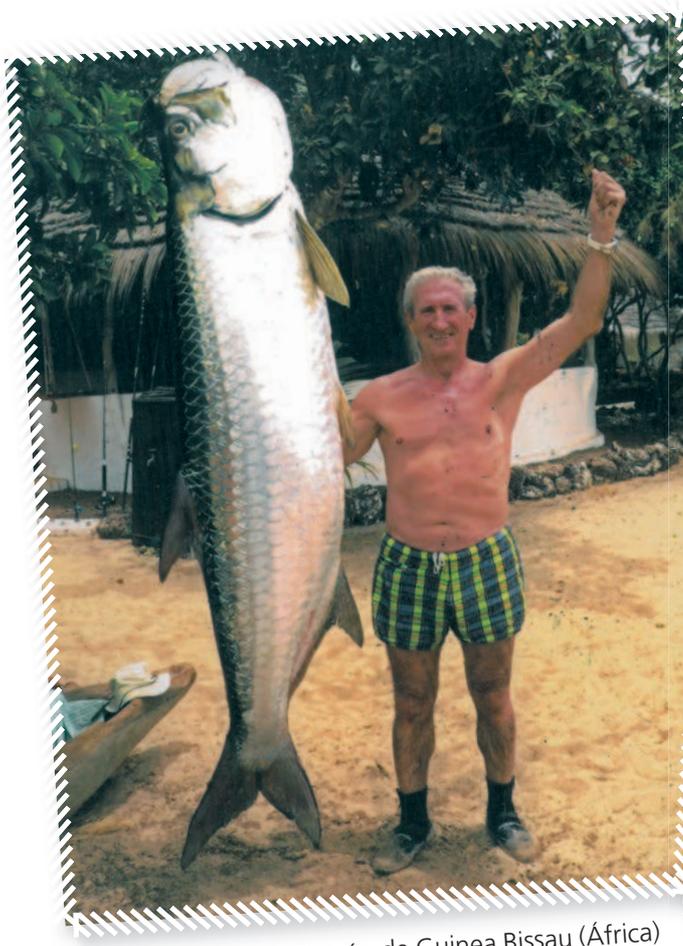
Reunidos los delfines en una sola manada, el barco les adelanta y lanza la red haciendo un cerco gigante de una longitud de 1.500 m y 200 m de profundidad, y así cerca y captura los delfines. En

ese momento, los delfines se paran y no intentan escapar y el barco comienza con la subida de la red. Cuando los delfines se van quedando sin espacio, tratan de escapar y no saltan sino que se enganchan en la red. Al mismo tiempo, los atunes que estaban comiendo debajo de los delfines empiezan a verse en la superficie del agua mezclados con los delfines y la siguiente tarea es salvar a los delfines ya que hay un acuerdo internacional para este tipo de pesca. Para ello hay que echarse al agua, tres o cuatro marineros, con una mano agarrada a la red y la otra abrazando a los delfines vivos se van pasando los mismos por encima de la cabeza y de la red, con todos sus golpes y coletazos, mientras que, entre las piernas se siente pasar y chocar a los atunes que nadan como locos dentro del cerco. La sensación que te recorre el cuerpo entre aquella barahúnda de lanchas rápidas alrededor del barco, los delfines, los atunes, algún tiburón y el rolete en marcha que está levantando la red es la mayor experiencia y la mayor carga de adrenalina que he tenido en mi vida.

Luego, pasan los años pescando y trabajando, ya que se vive de la pesca aunque se come del trabajo. Y así, poco a poco, (para mí, muy rápidamente) pasa la vida y te llega la jubilación.

Pero esta última etapa de mi vida también se convirtió para mí en otra meta deseable, ya que se me ocurrió tratar de pescar el mayor pez de río o de mar que sube al río a desovar que haya en el mundo; y a esto he dedicado estos últimos años de pesca.

Primero fue ir a Mongolia a pescar el taimen, o salmón del Danubio, en el río Yenisey. Eran peces de hasta 20-25 kg pescados desde la orilla con caña y carrete. Viajamos en helicóptero como 600 km, y nos dejaron junto al río, cerca de la frontera de Siberia, en Irkutsk, junto al lago Baikal, donde en la novela de Miguel Ostrogoff al correo del zar trataron de quemarle los ojos con un sable calentado al rojo.



Tarpón de Guinea Bissau (África)



Perca del Nilo Blanco (Uganda)



Salmón "Chinook" (Chile)

Allí conocimos el país en compañía de mi hijo Ramón, Pedro Gaztelumendi y Ramón de Azpeitia, y conocimos sus costumbres y vivencias. Al año siguiente volvimos al otro extremo de Mongolia y volvimos a pescar esos "taimen" (huchos) de aguas frías, en la primera gran nevada del mes de Septiembre de ese país donde vivimos en sus acogedores "gers".

Pescamos las truchas de Groenlandia en su fiordo de Kangerlussuak. Las truchas gigantes del Cabo de Hornos en el Río Grande de Argentina, que llegan a pesar hasta 14 kg.

Con mi hijo Ramón, pescamos en África. En Uganda, en el Nilo Blanco, entre manadas de hipopótamos que nos gruñían y amenazaban cuando nos acercábamos a la orilla a echar el aparejo donde me esperaba una perca gigante de unos 90 kg, que con sus saltos y sus carreras puso a prueba mi destreza de pesca y mi capacidad de resistencia.

Después en el río Yasuny, en el nacimiento del Amazonas. El padre capuchino D. Manuel Amuna-

riz, de Hondarribia, que llevaba 39 años viviendo en la selva y curando a los indios quichúas, nos ayudó a encontrar dos nativos que nos acompañaran en los vericuetos de los ríos de la selva amazónica.

Allí, después de 10 días de viajes en piraguas, lluvias, arañas y mosquitos, conseguí un "paiche" (arapaima) de 2,40 m y unos 120 kg. Es un pez magnífico y extraordinario. Tiene respiración pulmonar y branquial y puede permanecer vivo en aguas poco oxigenadas saliendo a respirar unos instantes en la superficie del agua cada hora u hora y media, que es el momento que hay que aprovechar para lanzarle la carnada (un guaychichi) y conseguir que pique. Es un pez muy considerado por los indígenas y tiene sobre él la leyenda que dice que se come a los niños. En realidad come pequeños monos que se caen o se bañan en el río pero parece que cuando algún indígena captura uno de estos peces y le abre el estómago, al ver el esqueleto medio digerido del mono piensan que es el de un niño pequeño.

En Canadá pesqué el esturión, padre del caviar en aguas del río Fraser. Varios esturiones,

padres del caviar, de entre 80 y 100 kg. Río gigante, difícil de dominar, por donde suben los salmones y los "lobos marinos" para comérselos.

Hice varios viajes al sur de Chile, durante 9 años seguidos, para pescar el salmón gigante o *chinook*, del sur de Chile. En los ríos Blanco, Mañihuales, Baker y Ñirehuao. Salmones de 20-25 kg. y uno excepcional de 35 kg. que fue el sumun de la pesca del salmón.

En España, en el río Ebro, he pescado el conocido gran siluro y una gran carpa Gigante.

Por último, en África, en Guinea-Bissau, me hablaron de la existencia del tarpón gigante ("kolaka" y sube también por el río Bidasoa). Allí fui para pescarlo, al archipiélago Bijagos, con toda mi paciencia y esperanza.

Fueron ocho días completos en la orilla del agua, de sol a sol, sin ninguna picada ni rastro del mismo. Pero al fin, con un corcón de cebo, como los del río Oyarzun, tuve la fortuna de que me picara ese pez, famoso por sus saltos y carreras antes de entregarse al pescador. Cuatro horas seguidas de lucha con el pez enganchado dando saltos y el corazón en un puño de miedo de que se soltara, y físicamente agotado por la tensión y el esfuerzo, se entregó a mí ese magnífico pez de 2,40 m y 118 kg, de escamas plateadas, como una sardina gigantesca.

Éste es el máximo trofeo y el culmen de la pesca con caña y carrete sin usar ni ganchos ni salabardos para sacar todos estos peces a tierra vivos.

La pesca tiene la máxima ventaja sobre todos los sistemas de obtener seres vivos de la naturaleza, ya que después de pescado, puedes darles un beso, sacar una fotografía, y tienes la gran satisfacción de devolverlos vivos a su río, viéndoles desaparecer entre sus aguas.

Esta es y ha sido la telegráfica descripción de mi vida de pescador, por la cual doy gracias al cielo por haber tenido la suerte de haberla vivido. Ahora, en mis horas de ocio, puedo volver a revivir las experiencias vividas en la pesca, una y otra vez, viendo las fotografías de mis peces. Soy y he sido un gran afortunado por haber sido bendecido por la suerte en toda mi trayectoria de pescador, por lo que estoy totalmente agradecido a la vida.

